



María Valdés Stauber

Aún estás aquí

Decían que era fría. Lo afirmaban tanto la familia de su marido, como algunos amigos de sus hijos. No le hacían justicia. Sus cuatro hijos habían nacido en el corto espacio de cinco años. Fue la época más feliz de su vida, la de la crianza de aquellos retoños. Por las noches recogía con un carrito los juguetes que la prole había diseminado durante el día por las distintas estancias de la vivienda familiar. Por las mañanas llevaba junto con su marido la consulta, y se ocupaba paralelamente de sus hijos. Trabajadora infatigable, no dejaba en ningún momento de ser amable con los pacientes de su esposo. Pero no era feliz en aquella ciudad del norte de España.

Su marido y ella se habían conocido en Madrid, en una pensión. Ella, una alemana alta y esbelta, de voz suave y con una sonrisa encantadora, apenas hablaba español. Acababa de llegar a ese Madrid de la postguerra que le había acogido con afabilidad y mucha curiosidad. Había llegado de Inglaterra, en donde, ávida por aprender idiomas, había residido un año y poco más. Allí padeció el resentimiento que la población inglesa aún sentía frente a los alemanes. La II Guerra Mundial había dejado huellas muy profundas y dolorosas. Madrid le pareció un paraíso en comparación, aunque al poco de llegar a la capital le robaron, para su consternación, todo el contenido de su bolso. Sucedió en el metro.

Había pasado muchas penalidades durante la II Guerra Mundial, como muchos otros. Su padre murió a los 43 años, cuando el conflicto bélico aún no había finalizado. No cayó en combate, aunque era soldado. Lo mató un cáncer. Una desgracia también financiera, ya que a su esposa no le asignaron aquella pensión de guerra que necesitaba con extrema urgencia. Con seis hijos de corta edad y embarazada, no había ningún familiar que pudiera apoyarles. Ella tenía nueve años cuando su padre falleció. Al finalizar la guerra, tuvieron la fortuna de residir en el territorio adjudicado a los estadounidenses. Con cuanto deleite se acordaba de las caras juveniles e inocentes de aquellos soldados americanos, quienes, con una sonrisa, repartían chocolatinas entre niños que empezaban a vivir el comienzo de la paz. La hambruna había finalizado, mas no las penurias. No pudo financiarse estudios superiores, algo que le pesó toda su vida, ya que era una mujer dotada de sobrada inteligencia. Tenía que apoyar a su madre tanto en las labores del hogar, como financieramente. Su madre, quien, años después, sufrió Alzheimer y murió en aquella ciudad del norte de España, lejos de su tierra natal, pero en compañía de aquella hija que había emigrado de Alemania, ávida de aprender idiomas y ansiosa de nuevas experiencias.

Fue perdiendo esa sonrisa llena de encanto de su época feliz en Madrid. Vio cumplidas parte de sus aspiraciones, entre ellas un ambiente familiar estable, formación académica de sus hijos, alivio económico. Todo aquello de lo que ella había carecido. Apenas cultivó amistades, tal vez por carencias propias, o acaso por diferencias culturales. No, no era fría, sencillamente no sabía articular sus sentimientos, y sufría por ello. Tras seis años de padecimiento por un cáncer que la martirizaba, falleció en su casa cogida de la mano de aquel nieto que en sus últimos años tanta alegría y amor había conseguido despertar en ella.